



SERMON  
DE LA SS. TRINIDAD.

*Euntes docete omnes gentes, baptizantes eos in nomine Patris, et Filii, et Spiritus Sancti. Matth. 28. 19.*

SEÑORES:

Al despedirse Jesucristo de sus amados discípulos pocos momentos antes de su gloriosa y admirable Ascension, les intimó el ministerio de su apóstolado con estas sencillas, pero enérgicas palabras: *id y enseñad á todas las gentes, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; intimándoles la observancia de*

*todo lo que os he mandado.* Hé aquí en breves palabras el compendio y fundamento de nuestra fe, y la norma ó regla del cristianismo. Sí, señores; el inefable nombre de la beatísima Trinidad es el fundamento ú origen de nuestra augusta religion, y la raíz de toda justificacion, segun el testimonio infalible de la Iglesia en el concilio de Trento. En este adorable nombre, dice S. Agustin, es bautizado el catecúmeno, confirmado el cristiano, absuelto el pecador, y santificado el justo.

¿Mas quién es capaz, señores, de hablar dignamente de tan alto é incomprehensible misterio? ¡Ah! yo oigo al profeta Moisés, ministro destinado por Dios para librar á su pueblo de la esclavitud de Egipto, que preguntando al Señor por su nombre, para ser creído de los hebreos, solo recibe por respuesta: *Yo soy el que soy: dirás pues á los hijos de Israel: el que es me envia á vosotros.* Oigo

asimismo al profeta Isaías, que alega hallarse inepto para hablar de Dios y manifestar su voluntad al pueblo. Oigo al Espíritu Santo en los Proverbios, que el curioso investigador de la Magestad será oprimido de su gloria. ¿Qué podrá pues deciros de tan inefable misterio un hombre carnal y sumergido en lo terreno?

Mas soy, señores, ministro delegado por Dios para anunciaros su evangelio, y espero que el Señor, que prometió dar virtud, palabras y energía á los que evangelizan su doctrina, purificará mis labios, como los de su profeta, para que no profane su divino testamento. Hablo ademas en la casa de S. Nicolás de Bari, este ilustre defensor del misterio que hoy celebramos, y una de las mas firmes columnas de la fe del concilio de Nicea contra la impiedad de Arrio, que osaba negar la divinidad de Jesucristo y su generacion eterna. Hablo asimismo á un auditorio dispuesto á recibir

y grabar en su espíritu las verdades de la religion y la moral.

Hé aqui lo que me anima á anunciaros con la posible sencillez lo que la fe y la moral de Jesucristo nos enseñan acerca de este inefable misterio, objeto fundamental de nuestra creencia, y regla de nuestras costumbres, si esperamos nuestra justificacion. Esta es la materia que me propongo ilustrar en un breve discurso, dirigido á honra y gloria de Dios, al bien de nuestra alma y de nuestros hermanos. Mas deseando proceder con algun orden, análogo á vuestra instruccion, dividiré el discurso en tres reflexiones. En la primera os haré ver que el acto de fe en un solo Dios Trino y Uno es el mas sublime y glorioso que podemos hacer. En la segunda os mostraré que el acto de fe en Dios Trino y Uno es el mas sólido fundamento de nuestra esperanza. En la tercera os manifestaré que el misterio de la beatísima Trinidad es el principal motivo y modelo

de la caridad cristiana : tres breves reflexiones dignas de esta cátedra , de vuestra atencion y de mis débiles conatos. Pidamos las luces del Espíritu Santo por la poderosa intercesion de su augusta Esposa , saludándola con el ángel. AVE MARÍA.

*Euntes docete omnes gentes &c.*

Un Dios incommutable , omnipotente , eterno , inmenso , Uno en esencia y Trino en Personas , que distintas entre sí tienen una misma naturaleza divina , una misma voluntad , un mismo entendimiento , una misma sabiduria , eternidad y omnipotencia ; un Dios Padre , que por el conocimiento de su grandeza é infinitas perfecciones engendra en la eternidad un Hijo , su divina Palabra , en todo igual y consubstancial á su Padre ; un Dios Espíritu Santo , que procede eternamente

del Padre , y del Hijo , como su amor substancial divino y eterno , sin haber mas que un Dios en esencia con Trinidad de Personas , ¡ qué misterio , señores , tan incomprehensible , qué infinitamente distante de nuestros alcances ! Pero de esto mismo , como de principio irrefragable , concluyo que el acto de fe de tan inefable misterio es el homenaje mas sublime , el mas glorioso que podemos ofrecer á nuestro Dios.

En efecto , ¿ qué protesta , qué profesion de fe mas sólida y meritoria en orden á este misterio podemos jamas hacer , que decir con sumision : Señor y Dios mio , aunque yo aplique todas las luces del entendimiento que me habeis dado ; aun cuando tuviera las de todos los ángeles y bienaventurados ; aun cuando gozára la sabiduria que comunicaste á la sacratísima humanidad de Jesucristo , vuestro Unigénito , no podria comprehenderos , ni formar idea justa y completa de vos Trino y

Uno? Mis luces en esta hipótesi distarian infinitamente de su objeto, y vos no seriais lo que sois si pudiese yo comprenderos. Confieso pues que sois incomprehensible, y que si quisiera acercarme á investigar vuestros inefables misterios seria oprimido de su gloria. Protesto, Señor, que solo vos os podeis comprender. Mas en esto mismo, segun el pensamiento de San Agustin, empiezo á conocer que sois mi Dios, mi Padre, mi Criador, y yo hechura de vuestras manos.

Cautivo pues mi entendimiento en obsequio de vuestra fe, venero lo que no alcanzo, adoro lo que no puedo penetrar; y despues de confesar que sois el Ser supremo, principio y fin de todas las cosas, sabio con una sabiduria infinita, justo con una justicia que soy incapáz de penetrar, moderador del universo con una providencia superior á todo humano conocimiento, creo firmemente lo que es mas difícil de todo, á saber: que sois Trino y

Uno en esencia, y Trino en Personas; Padre, Hijo, y Espíritu Santo, que por toda la eternidad tienen la misma naturaleza, y son una cosa misma. Sacrifico gustoso mi razon; detesto las dudas, discursos y cavilaciones que podria ella oponer á tan incomprehensible misterio. Vos, Señor, que sois la verdad por esencia, nos lo habeis revelado, y vuestra infalible esposa la Iglesia, columna y firmamento de la verdad, nos lo ha enseñado. ¿Cómo podria yo disentir de la fe de un misterio, que por mas incomprehensible y árduo, es el mas sublime, el mas glorioso y rendido homenaje que puedo ofrecer de corazon á vuestra adorable Magestad?

¡Enmudece aqui, razon humana, humilla tu orgullo y altivez! Abate las alas de tus discursos, y adora con sumision este inefable misterio, que á proporcion de su mayor incomprehensibilidad, es el acto mas glorioso de su fe, el mas sublime homenaje que hacés

á tu Criador! Y vosotros, arrianos, macedonianos, socinianos, deistas, y patripasianos, que blasfemais de este misterio, porque la sabiduria infinita que esconde es superior á vuestras luces, confundíos, avergonzaos, deponed vuestra soberbia y contumacia, mientras nosotros los católicos, apoyados en la revelacion é infalibilidad de nuestra madre la Iglesia, confesamos con la mente y con el corazon un Dios Trino y Uno; un Padre Eterno, en todo igual y consubstancial al Hijo y al Espíritu Santo; un Hijo consubstancial á su Padre, y á su divino Espíritu; un Espíritu Santo, eterno amor del Padre, y del Hijo, que teniendo la misma esencia y naturaleza divina, les es en todo igual y consubstancial.

Es verdad que sin la revelacion nos pareceria esto imposible y contrario á la razon, por carecer totalmente de ideas acerca de ello en lo humano. Pero afirmados en la palabra del Señor, infinitamente mas cierta é ir-

refragable que todos los discursos humanos, cautivamos gustosos las luces de nuestro entendimiento en obsequio y homenaje de la fe de un misterio, que aun de los mismos profetas, á quienes se reveló, es considerado como una luz inaccesible, como un abismo sin fondo, como un ser incomprehensible. Este es el gran sacrificio que la razon esclava debe hacer á su señora la fe, y el acto mas sublime que podemos ofrecer á nuestro Dios, por mas difícil, mas árduo y mas remoto de nuestra débil comprehension. ¡Adorable incomprehensibilidad de Dios Trino y Uno, tú elevas nuestra fe al grado mas heróico, mas alto y aceptable á los ojos del Señor!

¡Oxalá, amados hermanos en Jesucristo, supiesemos nosotros imitar en defensa y honor de este adórbale misterio á los fieles primitivos! Aquellos, dice S. Paciano, sabian morir por la fe, y no sabian disputar. ¡Mas ah, infelicidad de nuestro siglo corrompido!

En él no solo lamentamos una innumerable multitud de libertinos y deistas, racionadores importunos, que desvanecidos con los paralogismos y falacias de una vana filosofía, niegan este inefable misterio, sino infinidad de cristianos, que lejos de estar dispuestos á derramar su sangre en su defensa, á imitacion de sus padres en la fe, ó miran con la mayor indiferencia carecer de su instruccion, ó con una total indolencia su culto y adoracion, como si la fe de este inefable misterio no fuese absolutamente necesaria para salvarse, ó como si estuviéramos exonerados de adorarlo en espíritu y verdad. ¡Extraña ceguedad! ¡lamentable estado! ¡ruina inevitable! Confesemos pues, señores, que en la fe de este incomprehensible misterio no solo ofrecemos á Dios el mas glorioso homenaje, sino tambien que es la ancora mas firme de la esperanza cristiana: segunda reflexion.

II. En orden á la instruccion del

cristianismo, tocamos, dice un célebre orador, una cosa bien extraña y poco reflexionada de nosotros. Para aprender cualquiera otra ciencia, arte ó facultad, empezamos siempre por lo mas fácil, para venir por grados á lo difícil; pero en la instruccion cristiana sucede todo al contrario. Comenzamos en efecto por lo mas árduo y mas incomprehensible. Balbuciente aún el párvulo, la primera instruccion que de sus padres ó maestros recibe, es la de un solo Dios, con tres Personas distintas, Padre, Hijo, y Espíritu Santo, que son una cosa misma en su esencia y naturaleza. ¿No es esto en realidad empezar por lo mas árduo y difícil que contiene la religion?

Pero si me preguntais la causa de ello, os responderé con el santo concilio de Trento, que como sin la fe es imposible agradar á Dios; siendo el misterio de la beatísima Trinidad el principio y la raíz de toda justificacion, es necesaria ante todas cosas su

instruccion , como medio indispensable para salvarse. Hay algunos misterios que basta creerlos con fe implícita ; es decir, creyendo todo lo que cree y nos propone nuestra santa madre la Iglesia ; pero otros , á saber , la existencia de Dios Trino y Uno , justo remunerador , la encarnacion del Verbo eterno , su muerte y resurreccion para redimirnos del pecado , y abrirnos las puertas del cielo , es absolutamente necesario saberlos y creerlos con fe explícita y actual para ser salvos , sin que pueda excusar á ningun adulto la ignorancia invencible de ellos. Siendo pues el misterio de la beatísima Trinidad el origen y la raiz de todo , por él debe empezar la instruccion del cristiano , por mas que sea incompreensible y superior á nuestras luces.

¿ Pero qué mucho , si aun esta misma especie de violencia que la razon , atendiendo únicamente á lo natural , experimenta cuando firmemente cree un misterio el mas incompreensible , es

el principal sacrificio que puede hacer en obsequio de la fe , y por consiguiente el mas firme apoyo de la esperanza cristiana ? Acordaos á este fin , dice el Crisóstomo , de lo que sucedió á Abraham. Habiale Dios prometido en Sara , estéril y anciana , un hijo , en el cual serian bendecidas todas las naciones de la tierra. La promesa tuvo su cumplimiento en el tiempo señalado. Pero despues tentó Dios á Abraham. Mandóle tomar á su hijo Isaac , y que fuese á sacrificarlo sobre un monte que le mostraria. Abraham obedece al punto ; sube con su hijo al monte ; prepara la leña para el sacrificio y holocausto ; liga á Isaac sobre ella , y cuando levanta el brazo con la espada desnuda para quitarle la vida , el ángel del Señor lo detiene , y le dice : *ahora conozco que temes á Dios ; mas yo mismo te juro que por haber hecho esto , y no haber perdonado , por obedecer mi mandato , á tu hijo unigénito , yo te bendeciré y multiplicaré tu prole como las estrellas del*

*cielo... y en ella serán benditas todas las gentes de la tierra porque has obedecido á mi voz.*

¿No podré yo, señores, concluir de aqui, proporcionalmente hablando, con un célebre orador, que al hacer nosotros en obsequio de la fe un semejante sacrificio nos corresponde un premio análogo? En efecto, al creer en Dios, Trino y Uno ¿no sacrificamos la razón, que es nuestro hijo primogénito y único, por mas que, siendo incomprehensible en sí mismo, nos parezca repugnante á nuestras luces, apoyados únicamente en la revelacion? Si Abraham por obedecer fiel, creyendo en las promesas y esperando contra la esperanza misma, va á sacrificar á su unigénito, y de resultas le denomina Dios padre de los creyentes, ¿porqué no recibiremos nosotros las bendiciones del cielo en abundancia cuando cautivamos nuestro entendimiento y sacrificamos la razon en obsequio de la fe? ¿Porqué no viviremos de ella, segun

el oráculo del Espíritu Santo, cuando animados de la caridad, y apoyados en la revelacion, creemos en el misterio de Dios Trino y Uno, áncora la mas firme de nuestra esperanza, principio y raíz de toda justificacion?

¿Pero qué digo? ¿No es en la fe y nombre de la beatísima Trinidad en el que recibimos los mayores beneficios espirituales? ¿Manchados por la culpa original, y excluidos por ella del reino de los cielos; para entrar en la Iglesia, fuera de la cual no hay esperanza de salud, ¿no es la única puerta el sacro bautismo que se nos confiere en el nombre del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo? Cuando somos confirmados en la fe ¿no es en el nombre del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo? Para reconciliarnos con Dios por medio del sacramento de la Penitencia, ¿no se da la absolucion en el nombre del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo? El que recibe el órden sacro para ministro de Dios ¿no



es en el nombre del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo?

¿Qué mas? ¿No nos amonesta San Pablo, que cuando comamos, bebamos, ó hagamos cualquiera otra cosa, sea todo en el nombre de Dios? De aqui la práctica de los fieles en los siglos primitivos de santiguarse al empezar cualquiera obra: práctica religiosa que han pretendido abolir, y en parte lo han conseguido los hereges y libertinos de los últimos tiempos: práctica adoptada por la Iglesia universal al empezar los divinos oficios, y al acabar los himnos y los salmos con que alaba á su divino Esposo. ¿Cuánto seria de desear la observásemos todos con espíritu de humillacion y de fervor, á imitacion de S. Simon Estilita, que pasó por muchos años en el desierto sobre una columna, expuesto siempre al rigor de las estaciones, cuyo principal ejercicio era decir: gloria al Padre, gloria al Hijo, gloria al Espíritu San-

to, teniendo presente que esta es la eterna cancion con que alaban al Señor los bienaventurados. Si es pues la ocupacion interminable de la Iglesia triunfante, ¿porqué en la militante no deberá considerarse como el áncora firmísima de la esperanza cristiana, como origen y raíz fecunda de toda justificacion?

¿Con qué respeto pues, con qué veneracion, con qué confianza no debemos pronunciar los augustos nombres: Padre, Hijo, y Espíritu Santo? Nombres de magestad y de gloria, nombres que causan la alegria del cielo, el consuelo de los verdaderos fieles, y el terror del abismo; nombres divinos de un solo y único Dios con tres Personas distintas en una misma esencia, fundamento de nuestra verdadera religion, apoyo de nuestra esperanza, y modelo de nuestra caridad. Tercera reflexion de este discurso, que paso á exponeros con la posible brevedad. Seguidme atentos.

III. Tres son, señores, las virtudes teologales: fe, esperanza y caridad, sin cuya noticia y práctica nadie puede ser salvo. Pero entre ellas la mayor es la caridad, nervio y alma del cristianismo, cuyo modelo nos pone á la vista el misterio inefable de la beatísima Trinidad. En él habeis ya visto lo mas sublime de nuestra fe y el motivo mas firme de nuestra esperanza; y por poco que reflexeis hallaréis tambien el vínculo substancial del amor mútuo que os debe animar. En este adorable misterio de Dios Trino y Uno creemos que las tres divinas Personas en una esencia tienen un mismo entendimiento, una misma voluntad, una plena concordia, una paz inalterable, un amor mismo, y que Dios es la caridad por naturaleza. Hé aquí pues el exemplar de la caridad cristiana que nos propuso Jesucristo en la ternísima oracion que á favor de sus discípulos hizo á su Padre celestial cuando se acercaba la

hora de ser entregado en manos de los pecadores y al poder de las tinieblas: *Padre, santificalos en verdad, dice...para que todos sean una misma cosa...como nosotros lo somos.*

Mas esto es pedir un imposible, podrá decirme alguno. Padre, Hijo, y Espíritu Santo en Dios tienen una misma naturaleza y una voluntad misma. De aquí su eterna concordia, su inalterable paz, su inmenso y eterno amor. ¿No seria temeridad en nosotros, tan distintos en individuo, en voluntad é inclinaciones, aspirar á una semejante perfeccion de caridad y amor mútuo? ¡Ah! no entendamos, señores, las palabras de nuestro Salvador puramente segun la corteza de la letra que mata, sino segun el espíritu que vivifica. Lo que el Señor quiso darnos á entender en este oráculo, dice S. Agustin, fue que viviésemos perfectamente unidos de corazón, para hacer por gracia y por imitacion lo que las tres divinas Personas

por la necesidad de su esencia, en el mismo sentido en que Jesucristo nos manda ser perfectos, como lo es su Padre celestial.

Ademas, ¿no sabemos por S. Lucas en los hechos de los Apóstoles, que los fieles primitivos tenían un solo corazón y un alma sola, sin que ninguno de ellos dixese que era suyo lo que poseia, sino comun á todos? ¿No era esto imitar en el modo posible lo que Jesucristo hacia presente á su Eterno Padre cuando le dixo: *Padre, todas mis cosas son tuyas, como las tuyas son mias?* ¿Pero qué digo? ¿No es este el espíritu de la religion que profesamos? Yo os ruego, dice el Apóstol, que os tolereis unos á otros en caridad; que seais solícitos en conservar la union de espíritu con el vínculo de la paz. Dios es caridad, y sin ella todo es vacío en su presencia. *Aun cuando tenga la elocuencia de los hombres ó de los ángeles,* dice S. Pablo, *si no tengo caridad,*

*solo seré lo que un metal ó una campana que suena. Aun cuando fuese profeta, y conociera todos los misterios y todas las ciencias, aun cuando tuviera una tal fe, que fuese capaz de trasladar los montes; si la caridad me falta, nada soy. Aun cuando distribuyera todas mis facultades en alivio de los pobres, si me falta la caridad, nada me aprovecha. La caridad es paciente, es benigna, no tiene emulacion, no obra en vano, no se infla, no es ambiciosa...no piensa lo malo, no se alegra de la iniquidad, antes sí se goza y regocija de la verdad: todo lo sufre, todo lo que debe creer lo cree; espera lo que debe esperarse, y todo lo sostiene para conservar así la unidad de espíritu en el vínculo de la paz.*

El mismo Apóstol en su epístola á los de Éfeso expone el fundamento de esta esencial obligacion del cristianismo. Vosotros, les dice, no tenéis mas que un Dios, una fe, un

bautismo: únicamente formáis un cuerpo, que es la Iglesia; justo pues será que tengais un mismo espíritu de amor, de union, de paz. Vosotros sois hijos de Dios, en quien debeis adorar un Padre que os ha adoptado; un Hijo Eterno, de quien somos hermanos; y un Espíritu Santo, que nos anima y vivifica. ¡Qué monstruoso sería, dice un célebre orador del siglo antecedente, que siendo hijos de un mismo Padre, viviésemos como extraños!; que siendo hermanos de Jesucristo, verdadero Hijo de Dios, no se viese en nosotros ninguna señal de fraternidad!; que deseando todos vivir de un mismo Espíritu Santo, manifestásemos sentimientos del todo contrarios!; Qué trastornó de juicio no imitar en el modo posible el exemplar de union que nos presenta la fe en el inefable misterio de Dios Trino y Uno!; Qué demencia pleitear diariamente, y vivir por bagatelas en irreconciliables enemistades!; ¿No nos

enseña la fe que somos miembros del cuerpo místico de Jesucristo? ¿Quién vió jamás rebelarse y tratarse mal unos á otros los miembros de un mismo cuerpo? *Et hoc est signum regni dei*; ... *bab*  
 La lástima inconsolable es, que este es en el día el crimen casi universal del pueblo cristiano. Parece haber llegado los tiempos infelices que Jesucristo nos anunció por S. Mateo cuando dice: que unas gentes se levantarán contra otras, y reinos contra reinos; que habrá pestes, hambres y terremotos en diferentes partes; que serán aborrecidos sus ministros; que habrá muchos escándalos; que reinará un ódio mútuo, y se entregarán unos á otros: todo ello porque abundará la iniquidad, y se resfriará la caridad de muchos. Lo mismo anunció S. Pablo á su discípulo Timóteo por éstas notables palabras: en los últimos días instarán tiempos peligrosos, habrá hombres llenos de amor propio, codiciosos, inflados, so-

berbios, blasfemos, inobedientes á sus padres, ingratos, malvados, sin benignidad, sin paz, criminales, incontinentes, sin mansedumbre ni caridad... ¿Una triste experiencia no nos ha hecho tocar de bulto todos estos males?

¡Ah! si considerásemos que no hay mas que un Dios y una fe, habria sin duda entre nosotros mas union y caridad. ¿Con qué benevolencia, con qué amor no vemos tratarse, para confusion nuestra, los profesores de cualquiera de las sectas anti-católicas! Todo el mundo es testigo del mútuo auxilio que de ordinario se prestan, no para sostener la unidad de su fe, que es ninguna, sino para conservar la mentira, el cisma y el error. ¿Qué vergüenza, señores, que la unidad de la verdadera fe entre nosotros no produzca ni aun sentimientos de benevolencia, de sociedad, de compasion, y mucho menos de caridad! ¿Con qué podremos cohonestar en el día terri-

ble de la uenta estos ódios, estas envidias, estos desprecios que hacemos á nuestros próximos, estas expresiones picantes é inciviles con que los insultamos? Todo esto cesaria si nos animase el espíritu de caridad: todo cesaria si observásemos el mandato que Jesucristo nos dexó por testamento; á saber, que nos amáramos mútuamente, como él mismo nos amó: todo cesaria si atendieramos á que somos todos hermanos y miembros del cuerpo místico de Jesucristo: todo cesaria si creyendo que somos hijos adoptivos de Dios y herederos de su reino inmortal, tomásemos por modelo de nuestra caridad con el próximo el amor eterno con que el Padre y el Hijo se aman en el Espíritu Santo. ¿Qué ocupacion tan buena y de tanto gozo seria conservar entre hermanos esta unidad de espíritu! ¿Qué amables serian entonces los tabernáculos de Jacob! ¿Qué faz tan diversa presentarian entonces las virtudes cristia-

nas ! ¡ Qué union, qué paz en el mundo, qué alegría para el cielo no produciria este espíritu de caridad ! ; *Ecce quàm bonum, et quàm jucundum habitare fratres in unum!*

Formad, señores, os ruego, una justa idea de la religion que professais. El fundamento de ella es Dios Trino y Uno, en quien nos movemos, vivimos y somos. La fe de este incomprehensible misterio es el mas glorioso homenaje que podemos ofrecer á nuestro Criador; el apoyo mas firme y sólido de nuestra esperanza, y el verdadero vínculo y modelo de nuestra caridad. Miradle pues desde este momento no solo como objeto de vuestra fe, sino por regla de vuestra moral y modelo de vuestras costumbres. Sacrificad en su obsequio vuestra razon, animad en esto mismo vuestra confianza, y no dexeis apagar en vuestro corazon la llama de caridad que Jesucristo vino á encender sobre la tierra, para que ardiese sin cesar en

el espíritu de los fieles. Haced en fin todas las cosas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, pues digno es Dios Trino y Uno de recibir el honor, la gloria, la alabanza y la accion de gracias por los siglos de los siglos. Amen. DIXE.

